

Investigación

Lugares y memorias. Golpe de estado en el campo: impacto en distintas generaciones

PLACES AND MEMORIES. COUP D'ETAT IN THE FIELD: IMPACT ON DIFFERENT GENERATIONS

Ximena Valdés S.

*Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM), Chile.
E-mail: ximena.valdes@cedem.cl*

Resumen

Recomponer los trayectos de vida a partir del relato de sus propios protagonistas se vuelve fundamental para comprender las nociones de mundo pasadas, presentes y futuras de las personas. Esto se logra interiorizar de mejor manera cuando estos relatos se contrastan con las nociones espaciales de las nuevas generaciones. El ejercicio que hace este artículo es analizar la transformación del sentido del lugar en el mundo a partir de trayectorias sociales de tres generaciones en dos grupos de parentesco que fueron afectadas por las políticas de la dictadura militar. Los resultados dan cuenta de la pérdida de perspectiva de las nuevas generaciones en el sector rural chileno después de la instalación de un modelo neoliberal. Asimismo también se perdió la búsqueda individual o colectiva del lugar en el sector agrario. Las antiguas acciones sindicales o laborales llevadas a cabo por las y los trabajadores rurales para construir o ganar su lugar en el mundo, han dado paso a una emigración de nuevas generaciones y a la llegada de personas de "afuera", que buscan oportunidades laborales temporales, las que suelen ser de condiciones precarias¹.

Palabras Clave: lugar, reforma agraria, dictadura, ruralidad, migración

Abstract

To rebuild the journeys of life from the story of their own protagonists become essential to understand the notions of world of people in their past, present and future. This is better achieved when old stories are matched with the spatial notions of new generations. In this article we analyze the transformation of the sense of place in the world from social trajectories of three generations of two kinship groups that were affected by the policies of the military dictatorship. The results

1 El resumen y palabras claves no estaban en el documento original. Estas fueron incorporadas por el Comité Editorial de la Revista Espacios.

account for the loss of perspective of the new generations in the Chilean rural sector after the installation of a neoliberal model. Additionally, individual or collective pursuit of place in the agricultural sector was also lost. The old efforts from labor unions to build or win their place in the world, had given the chance for emigration of new generations and the arrival of foreign people, looking for temporary jobs, commonly precarious.

Keywords: location, land reform, dictatorship, rurality, migration

Introducción

¡Fue muy peliá' la expropiación! (...) En ese tiempo de la toma unos trabajaban y otros cuidaban las puertas y se hacían la comida ahí mismo. Las mujeres todas metías ahí con sus cabros chicos, haciendo comida atrás, en las casas, cuidando por todas partes. Teníamos miedo que llegaran de repente y nos baliaran los milicos: ese era el temor que teníamos. Nosotros estábamos conscientes del valor que tenía pa' nosotros la tierra. Eso se peliaba. Las mujeres también estábamos (Lila Astorga) (Valdés, 1983:85).

"Me llevaron", "se lo llevaron", "los bombardearon", "de varios no se supo más por aquí" figuran entre los relatos de hombres y mujeres del campo sobre lo que sucedió en los lugares donde vivían, con el golpe de estado en septiembre 1973. Para los del campo involucrados en la reforma agraria, inquilinos o trabajadores agrícolas, fue un hecho que rediseñó sus vidas, las marcó a lo largo de los años de la dictadura militar, tal vez hasta ahora para los mayores. No todos los hechos relatados y aquí expuestos ocurrieron el mes de septiembre de 1973, después del 11, salvo el bombardeo de la antena de la radio Emilio Recabarren que estaba justamente en las tierras de un asentamiento de la reforma agraria –Las Nieves– cercano a Puente Alto. Allí viviendas y pobladores se vieron remecidos y amedrentados. Algunos murieron por los bombardeos en el potrero donde se encontraba emplazada la antena de la radio.

Así relata Lila Astorga lo que ocurrió en ese lugar el 11 de septiembre y de lo que fueron testigos su marido y sus cuñados:

"Pa'l Once él estaba trabajando en el fundo y yo en Puente Alto cuando escuché que avisaban lo que pasaba. Luego cortaron la luz y empezaron ya a disparar. Los niños estaban en el colegio, los más grandes trabajando y después que cortaron la luz, empieza la vigilancia. ¡Que nadie anduviera fuera de la casa ni de día! Él llegó a la casa porque, ese día, todos se empezaron a recoger. Ahí él se fue pa'dentro y cuenta que cuando se empezaron a irse los campesinos, vino un avión a bombardear la torre de la radio Emilio Recabarren que estaba en medio del potrero ¡La destrozaron total! Ellos, como estaban tan cerca, pensaron que iban a morir allí. Cuando pasaba el avión se quedaban parados al lado de unos árboles grandes; los que estaban cerca de la torre murieron. Muchos campesinos murieron: si la torre estaba en medio del potrero, ahí le tocó a la casa también y todos murieron.

A los hermanos que se llevaron los tuvieron dos días y se los llevaron a una parte. Los sacaron del fundo con la vista vendá y amarrados los echaron a un camión y pasaban por encima de ellos, como quién pasa por encima de un palo. No los quebraron pero llegaron molíos' con los bototos de los milicos ¿no ve que tanto los pisaron? Como quince pasaron como si fuera un montón de leña, los golpearon harto y después se los llevaron. Anduvo harto el camión y pararon en una parte. El hermano de él cuenta que se sentía un campanario y los metieron en un subterráneo y les seguían pegando y después los fueron tirando allá. Los tiraron medio atontados, con la vista vendá, sin conocer y todos machucados. Ellos no supieron adonde se los llevaron, nunca supieron" (Lila Astorga) (Valdés, 1983:85).

Por esos días concluyeron muchos de los proyectos o sueños de los campesinos, en particular de inquilinos y trabajadores de fundos que, con la reforma agraria, habían conquistado el derecho a tener un lugar donde vivir y cultivar la tierra mientras otros, más cercanos por su condición a la de obreros agrícolas, comenzaban a gozar de mayores derechos laborales y sociales que en esos tiempos eran poco comunes por los campos de Chile.

Fue justamente la cuestión de la propiedad –expropiarla a los que tenían demasiada tierra–, una de las causas del quiebre que tuvo el golpe de estado, en los sueños campesinos. Pues a la larga, fueron pocos los campesinos que quedaron con tierras, buena parte fue devuelta por los militares a sus antiguos dueños mientras muchas parcelas que se dieron en propiedad individual fueron poco a poco vendidas por los campesinos que no siguieron gozando de apoyo estatal para trabajarlas. Pero en paralelo a la desaparición de estos proyectos cuya posibilidad se abrió con la reforma agraria, se reconstruyeron otros nuevos desde las elites dueñas de las tierras y a partir del golpe de estado, nuevamente del poder.

Los “Emilios”, como diría Carlos Cousiño al comentar el libro de Fontaine Talavera *Todos éramos inmortales*, fueron los verdaderos ganadores de esta corta y frustrada experiencia de reforma agraria ya que salieron de ella renovados y dispuestos a reconquistar lo perdido.

Fueron precisamente los Emilios los que supieron apreciar la verdad de los valores permanentes que se hicieron visibles en el orden social que les tocó ver caer en su niñez, sabiendo más tarde revivirlos en el contexto de un nuevo orden político y económico (...). Lo que no pueden ver todos aquellos autores que vieron la crisis del orden agrario como

crisis de la oligarquía: comprender por qué esa elite no desapareció, sino que fue ella la que rearmó posteriormente las estructuras del Chile moderno.

(Carlos Cousiño, *Las virtudes de Emilio*. El Mercurio, 3 de octubre 1999, p. E13).

Con la metáfora de los “Emilios” (protagonista de la novela) se caracterizó el proceso de “restauración” post-reforma agraria donde en efecto se recompuso la antigua propiedad (con variaciones respecto al pasado) y se dinamizaron las explotaciones agrícolas a tal punto que los nuevos empresarios ganaron importantes lugares en el mercado mundial, con poca ayuda de capitales extranjeros y de las transnacionales y, desde luego, de las modificaciones que impuso la dictadura militar al Código del Trabajo y a las políticas de comercio exterior.

Este artículo, basado en la revisión de entrevistas realizadas hace cerca de treinta años, reactualizadas volviendo a esos lugares, entrevistando a tres generaciones, padres/madres, hijos y nietos de ambos sexos, analiza el problema del lugar a la luz de trayectorias sociales de estas tres generaciones en dos grupos de parentesco. Se pregunta por los impactos del golpe de estado en las formas de residencia, trabajo y proyectos de vida de dos familias vinculadas a la tierra y la agricultura durante la reforma agraria cuya tercera generación (los/as nietos/as) en su mayoría ya no forman parte del medio rural ni están vinculados al trabajo agrícola.

La mirada a la “cuestión del lugar” tiene por sentido otorgar el status que para estas personas tuvo, y todavía tiene, el tener donde estar, donde vivir, desde donde mirar el mundo, trabajar, construir familia y así en adelante. El tema es cómo se tiene y pierde un lugar en el mundo, y los significados que tienen los lugares de vida para hombres y mujeres.

Los de adentro y los de afuera

Nuestra reflexión se origina en las lecturas de obras, estudios y textos sobre la “cuestión agraria” que han sido revisitadas muchas veces con el afán de comprender cómo los espacios rurales y lo que en ellos acontecía ha estado amalgamado a lo que ocurre y ha ocurrido en la historia social y política de Chile.

En estos textos y estudios agrarios, la mirada sobre “el lugar” o los lugares están referidas a las oposiciones afuera/adentro para distinguir las distintas categorías sociales de la agricultura y la vida rural; el límite para determinar quiénes eran los de afuera y los de adentro estaba dado por los límites de las grandes propiedades. Los de afuera eran los forasteros, los afuerinos, la peonada; mientras los de adentro eran los inquilinos y sus familias que vivían al interior de fundos y haciendas. Si antaño se categorizaba por el lugar hoy en cambio se categoriza a los trabajadores agrícolas por el tiempo: a cambio de “afuerinos” se nombra a los actuales asalariados temporales como “temporeros”; a cambio de inquilinos, se dice trabajadores permanentes (que no necesariamente viven “adentro” de las propiedades agrícolas).

La referencia a las categorías sociales “de adentro”, en esos antiguos dominios llamados fundos o haciendas, se asociaron a la idea del siervo y el patrón, de señorío, de dominación, e incluso de “feudalismo” criollo (Cademartori, 1971), de trasmisión de la propiedad a través de siglos y generaciones (Stabili, 2004), de grandes latifundios que a veces comprendían extensiones que iban desde el Pacífico a Los Andes. Tales caracterizaciones iluminaron y dotaron de contenido a las políticas públicas que justificarían, en los años sesenta, emprender una política de Estado para acabar con el monopolio de la tierra y con el poder de sus dueños (Santana, 2006). Ello se dio en el contexto de Estados Unidos preocupado por las dictaduras que caían tras rebeliones populares a raíz de lo cual diseñó la Alianza para el Progreso

como modo de mitigar los avances del comunismo al sur del Río Bravo.

El poder hacendal no sólo se ejercía sobre el conjunto de inquilinos obligados a trabajar a cambio del lugar donde vivir y producir, que le otorgaban los patrones; sino un poder más allá de esta “*economía de intercambios desiguales*” de trabajo por regalías (de consumo y productivas) que los amarraba a esas tierras y los sometía a obligaciones en trabajo y servicios sino, además dice la novela y la historia, también la telenovela, a gozar ya sea de los cuerpos de la abundante descendencia femenina del inquilinaje o de las vidas completas de esas jóvenes mujeres que se iban a “servir al patrón” como dice la canción, “a la ciudad”. (cfr. Eduardo Barrios en *Gran Señor y Rajadiablos*; Isabel Allende en *La casa de los espíritus*). También ese poder se ejercía sobre las áreas campesinas, los numerosos “rincones” y áreas de pequeños propietarios colindantes a las grandes propiedades.

Por otro lado, contrastada y contrapuesta a la imagen del inquilino servil residente en el fundo o la hacienda, encontramos en la literatura agraria la figura del peón, desde Gay en adelante. Estos eran “los de afuera”. De orígenes diversos, a menudo oscuros, se movían entre zonas de frontera, áreas de pequeña propiedad pauperizada, pueblos y ciudades, minas y puertos, caminos, pero en especial trabajaban en los grandes dominios –fundos y haciendas– en las estaciones y labores que requerían duplicar y a veces triplicar la fuerza de trabajo en cosechas de trigo, alfalfa, viñas (cfr. Baraona et al, 1961). Se los nombraba como “afuerinos” y gozaban del estigma del desorden y la poca inclinación a la obediencia (Vial, 1984).

Así como la literatura dotó de personalidad entre autoritaria, abusadora o/y paternalista al patrón, al inquilino se lo clasificó en lo que hoy se ha llamado la “masculinidad subordinada” que descri-

bió Gabriel Salazar en *El niño 'huacho' en la Historia de Chile* (2006) mientras, al contrario, al peón se le cargaron todas las virtudes y los pecados de la virilidad desenfrenada del hombre libre, autónomo, sin dios ni ley que fue dejando hijos 'huachos' por los caminos (cfr. Salazar, 2006. y Vial, 1984). En un caso

se habló de "subordinación ascética", en el otro de "subordinación sensual" (Bengoa, 1988) para marcar estas diferencias entre quienes obedecían y quienes comúnmente transgredían las normas y las costumbres, vale decir, entre los "de adentro" y "los de afuera".

Desplazamientos para lograr un lugar

Sin embargo, al parecer hubo bastante porosidad entre categorías sociales en el mundo rural para transitar de afuera hacia adentro y vice versa. Sobre todo porque había en el campo una enorme masa de hijos sin padre que a veces lograban un esquivo lugar que esporádicamente conseguía una madre que se desenvolvía en numerosas ocupaciones, o padres con muy poca tierra, o fundos que limitaban los puestos de trabajo y regalías para descendientes de inquilinos todo lo que en conjunto originaba la salida de campesinos a buscarse la vida en los caminos, las ciudades, las salitreras. Sin padre era el equivalente a sin tierra propia, sin usufructo de tierra en fundos y haciendas y derivado de tal condición, sin lazos sociales para encontrar ni trabajo ni lugar.

Sabiendo que las clasificaciones son necesarias para comprender lo social, esta visión y división del mundo y la vida rural fundada en "los de adentro" y "los de afuera" no siempre coincidió con lo que encontramos preguntando a distintas personas de diferentes sexos y edades en el campo. Nos encontramos con desplazamientos de una categoría a otra y, sobre todo, con trayectorias de vida marcadas por la búsqueda de un lugar para asentarse. En diferentes lugares las experiencias individuales, laborales y residenciales se mostraban bastante más complejas que una sociedad rural en cuyos estratos populares había de un lado inquilinos (nacidos, criados y crecidos al alero de los patrones) y del otro, peones (nómadas, deambulantes, itinerantes, trotamundos,

pendencieros), cada cual con una cultura singular: unos del ahorro, otros del dispendio y el juego, sin contar a los campesinos con tierras que conformaban el sector más estable del campo aunque también, por la implacable lógica de la subdivisión de la propiedad por herencia (cfr. Baraona, 1961), tuvieron muchos de ellos que engrosar las filas del peonaje rural y andar los caminos en busca de salario, o inquilinizarse en algún fundo.

Las categorías sociales que han definido la sociedad rural popular han sido al parecer entonces más flexibles y porosas que las clasificaciones dicotómicas. Aquí traemos a colación sólo algunos ejemplos. Los itinerarios de vida de quienes hemos entrevistado (no sólo a ellos y ellas sino a su descendencia), están más del lado de los desplazamientos entre categorías, de la hibridez entre una y otra clasificación pues, cada uno de ellos/as ha intentado asentarse en algún lugar bajo estrategias individuales o sociales/colectivas como ocurrió con la reforma agraria (que finalmente se frustró para la mayoría).

Para las mujeres de las generaciones mayores e intermedias, más que estrategias individuales o sumarse a estrategias colectivas (como la reforma agraria) fue el matrimonio la manera más corriente de asentarse en un lugar. Esto sin embargo, no necesariamente ocurre hoy con las jóvenes que no requieren casarse para acceder a un lugar como la vivienda social de subsidio.

La reforma agraria brindó la oportunidad a muchos trabajadores sin lugar, de instalarse en tierras expropiadas. Los herederos del peonaje rural, por medio de relaciones laborales, de amistad, de parentesco o relaciones políticas lograron obtener un lugar. Aunque el reparto de las tierras expropiadas fue más bien pensado para los trabajadores "de adentro" (los inquilinos), hubo numerosas "infiltraciones" de peones y jornaleros en el sector reformado.

De ahí que la "cuestión del lugar" adquiera sentido no sólo como proceso político-social como fue la reforma agraria realizada bajo la consigna "la tierra para el que la trabaja" que, desde luego incorporó a una parte significativa de los inquilinos de fundos

y haciendas (pero no más del 12% de la población económicamente activa rural) y a una bastante poco significativa parte de peones-afuerinos.

La "cuestión del lugar", mirada desde experiencias individuales, cruzadas por la reforma agraria como proceso de democratización social que vivió la sociedad rural en los años sesenta y parte se los setenta, muestra distintas maneras de acceder a un lugar ya sea desde las lógicas de las políticas de Estado o desde las lógicas individuales, pero más bien desde ambas a la vez cuando de "afuerinos" se trató. Este artículo habla de este cruce de caminos para acceder a un lugar, centrado en dos familias/grupos de parentesco y su descendencia.

Encontrar un lugar: casa y trabajo

Don Juan C. nació el año 1931, tiene 85 años. Hace veinte está jubilado, pero también es el mismo tiempo que ha seguido trabajando en el fundo donde ha vivido durante 65 años. Trabaja por "el mínimo" en riegos de frutales, vides y arreglos de acequias. No quiere irse de la casa en que vive pues dice: "si me muero ¿quién va a ir a mi entierro si yo no estoy aquí?". Ahí en el fundo están sus amistades, compañeros de trabajo, dos de sus hijos que son como él, obreros agrícolas, también con casa en el fundo donde tienen familia. Mientras su mujer (85 años), al postular al subsidio de vivienda logró tener una casa en una población de viviendas sociales cercana al fundo donde él vive junto a una parte de la familia. Ella vive en su casa en la población en la semana ("si dejo la casa sola me roban", dice), va a ver a su marido los viernes hasta el domingo ya que Don Juan tiene por compañía durante la semana a uno de sus nietos, hijo de la hija menor (madre soltera), que al igual que su madre y hermanos/as tiene casa de subsidio en las cercanías. Este nieto estudia en la Universidad Mayor kinesiología, con el concurso

y apoyo económico de su abuelo y su madre que estudió para técnico agrícola, después educación básica (con el apoyo en dinero de sus padres), lo que eligió finalmente como trabajo en un colegio "particular subvencionado" en las cercanías. Esta hija menor es profesora, mujer independiente, tiene casa de subsidio y automóvil.

Don Juan dice que él no se ha movido de ahí en todos esos años porque "un día se me dio vuelta una botella de aceite que traía en la espalda y ahí me dijo un amigo que no me movería de acá porque como se hace con los gatos para que no se vayan de la casa echándoles aceite en las patitas igual me iba a pasar a mí."Y así fue. Otro día (en los años de la reforma agraria) "le dije al patrón que me ofrecían tierras en una toma para asentamiento y que me iba". "Que te vai a ir, me contestó el patrón, si tu soy aquí parte del inventario".

Así, ya sea por el aceite en los pies, por las afirmaciones no ajenas a la violencia simbólica en las palabras del patrón y ahora por el imaginario que tiene frente

al acompañamiento en el entierro de sus próximos y amigos, por 65 años no se ha movido del lugar que buscó siendo joven para quedarse, mientras las mujeres de su familia han cambiado de lugar por el subsidio a la vivienda social, los cambios en los Planes reguladores de la comuna de Calera de Tango y el uso urbano dado a los terrenos agrícolas colindantes a la ciudad de Santiago sumados a cambios ocupacionales y ampliación de los años de escolaridad.

Hasta los veinte años Don Juan era “andante”, “forastero” y “afuerino”. Salió a los 15 años de su casa en un fundo en Rapel donde nació, hijo de madre soltera en una familia numerosa con tíos y abuela. Recorrió hacia el sur varios lugares trabajando en distintos fundos; trabajó en la Viña Macul hasta que encontró trabajo en este fundo donde vive. Teniendo este empleo más estable, trajo a su mujer que conoció en uno de los tantos fundos donde trabajó como afuerino –donde la cortejó– para luego formar familia con cinco hijos, tres hombres mayores y dos mujeres menores.

Después de algunos años de vida itinerante, ya establecido con familia y trabajo en el fundo, en los años de la reforma agraria fue dirigente sindical y se movió en una amplia red de sindicatos y federaciones sindicales que existían al sur poniente de Santiago; lidió con patrones y abogados, conoció dirigentes políticos, y aprendió a leer dice él, “con unos del MIR”. Uno de sus hijos asegura que “por el hecho de la presidencia de mi papá, como él era presidente del sindicato en ese tiempo y como él fue fundador de una federación –el Roto Chileno– entonces fue más o menos conocido”. El mismo Don Juan sostiene: “cuando empezó la ley sindical yo fui el primero que organizó el sindicato aquí con la reforma agraria, con la cuestión de Frei”. En cuanto a la actividad sindical señala: “yo he tratado de componer a la gente aquí, sacarle lo que más se pueda a los patrones –todo el tiempo quieren para ellos no más y se están poniendo mezquinos los patrones también– y la gente que tenga todos sus derechos a lo que corresponde.

Pero al final uno con la gente se aburre, tantos años diciendo hagamos esto, hagamos lo otro y no entienden, no apoyan nada”.

Don Juan tampoco fue ajeno a las “tomas” de fundos en una época donde se alentó a los campesinos a las “tomas” para llevar adelante las expropiaciones: “cuando se nos antojaba, nos tomábamos los fundos, los quitábamos”, asegura. Y muy cerca del golpe también se tomaron el fundo donde vive, que luego tuvieron que devolver. Junto con ello los trabajadores tuvieron que volver a los viejos usos y costumbres del campo y los patrones, situación denigrante más aún cuando se había perdido.

El golpe de estado se hizo sentir en el fundo y sus alrededores. El año 1976 todavía se amedrentaba y perseguía a los trabajadores, tal vez como dispositivo para volver a los viejos tiempos donde imperaba el “orden” patronal:

“Me vinieron a buscar (...). Me llevaron el 26 de noviembre del '76 los milicos de San Bernardo por tres días. Me llegaron a buscar aquí como a las 9 de la mañana. Estaba trabajando en la viña. ¿Usted es Don Juan X? ¿Cuántos años que está aquí? 18 años. Claro, lo mismo que nos dijo el patrón de Juan X. ¡Ya! Vamos andando. No me dejaron ni cambiarme, iba con ojotas, pantalón corto y camisa, hacía calor. Ahí me preguntaron, tenía que decir la verdad de una profesora que había aquí afuera. ¿Pero vai a decir la verdad o no? ¿Qué verdad les voy a decir yo? ¿La profesora, qué ideas tenía ella? No pos, ¿por qué no le preguntan a ella? ¿En las elecciones por quién votaste? Por Allende, les dije yo. ¿Y por qué votaste por Allende? Porque voté por Allende, les dije yo. ¿Y dónde lo conociste? En la tele lo conocí. ¡Este hueón no va a decir la verdad! Yo calculaba que habían tres por ahí, unos al frente mío y el otro que estaba escribiendo y yo con la vista bien vendá. Es terrible puta madre. Me ponían la metralleta en la cara: ¡Vai a decir la verdad? Y qué verdad si no tengo nada que decir. Me amarraron de las manos y de los pies; me pasaron por acá la amarra y me colgaron de un gancho que tenían ahí. Me pusieron corriente en las costillas, testículos y dientes, por el

culo. Eso le pasa a uno por andar metido en todas las cosas y cuando pasa una cosa así siente las cosas más claras: que uno ya está 'rochao'".

Pese a ello, Don Juan intentó transferir a sus hijos hombres su experiencia sindical, y continuó animando la organización de los trabajadores en el sindicato del fundo, aunque en un radio de acción bastante más restringido dado el debilitamiento que tuvo la actividad sindical post-golpe hasta ahora. Nunca fue "como antes", los sindicatos perdieron poder y las leyes se hicieron más favorables a los patrones. Detrás de estas reflexiones hay un dejo de frustración: mezquindad patronal junto al conformismo obrero no permiten avanzar hacia mayores garantías y derechos. Hace unos meses, a más de cuarenta años de la reforma agraria y de una agitada vida sindical, pensaba este viejo dirigente que "lo que están haciendo los mapuches en el sur (se refería a incendios de bosques, camiones y maquinaria) es por venganza de lo que nos hicieron a nosotros".

Ha transmitido a sus hijos hombres su experiencia sindical para que "no se dejen explotar". Uno de los mayores que trabaja en el fundo es dirigente del sindicato, lo heredó de su padre, por elección claro, pero las cosas cambiaron: "ahora no se puede trabajar con estos viejos" dice este hijo. Hay demasiadas limitaciones entre el conformismo de los trabajadores, el miedo a perder el trabajo y las restrictivas leyes, de igual forma realizan pliegos de peticiones que tanto ganan como pierden. Frente a lo poco que espera este hijo del sindicato y de una visión bastante depresiva de la organización, en cambio, otro hijo que es obrero metalúrgico (el único de los hombres que salió del fundo porque estudió técnico metalúrgico) valora mucho más el sindicato ya que en cada lugar en que él ha trabajado o ha creado un sindicato, o bien, ha entrado a formar parte del existente. De otra forma dice "estaríamos mucho peor".

En este caso, el padre y la descendencia masculina de dos hijos, han permanecido viviendo en el lugar

de trabajo. Un hijo es obrero "de fábrica", tiene casa de subsidio y las dos hijas mujeres viven también afuera, en distintas poblaciones de la comuna, como la madre. Todas las mujeres tienen casa de subsidio estatal. Una de las hijas se dedica al comercio minorista junto a su marido mientras la menor, como se dijo, es profesora y no descarta la idea de irse a Alemania, donde vive un amigo de su padre que tuvo que salir de Chile para el golpe de estado (con quién a menudo habla por Skype), o hacer "una Maestría".

La mayoría de los hombres que fueron activos en la reforma agraria y los sindicatos después del golpe de estado fueron perseguidos y amedrentados; ellos suelen permanecer en el campo como asalariados mientras las mujeres salieron a trabajar para sobrevivir en un contexto de aguda cesantía y deterioro salarial de los años setenta y ochenta. Dejaron los Centros de Madres, se vincularon a ONGs, participaron en actividades colectivas, comenzaron a ganar dinero y a emanciparse de las obligaciones domésticas. Doña Leontina (nacida en 1931 en el fundo Aguila Sur), esposa de Don Juan siguió este camino. Como ella, sus hijas trabajaron desde la niñez en la recolección de almendras y en las vendimias del fundo. Doña Leontina fue parte de varias experiencias y acciones colectivas en los años de la dictadura y posteriormente. Estas eran sus opiniones sobre las mujeres y las organizaciones a comienzos de los ochenta:

"Tantas mujeres organizás y tanta cosa (...). La mujer ha cambiado. Yo misma he aprendido porque antes, cuando yo hablaba, no sabía y todavía me cuesta un poco. A mí me gusta ir a reuniones, aunque a veces no hable ná. Me han convidado y he ido; me gusta escuchar, porque una no sabe las cosas, pero escuchando se aprende. Las señoras acostumbrás' a asistir a reuniones, saben bien la cuestión y hablan. Yo fui a Padre Hurtado a una reunión de mujeres. A mí me metieron en las campesinas. Hablaban, hablaban y me dijeron: Uds. No está hablando na? Y me preguntaron. Hablé del trabajo temporal y del convenio. Entonces me dijeron que

tenía que seguir asistiendo pa' que vaya hablando. Y después se va aprendiendo. Claro que a una le da plomo, porque una no sabe ni cómo empezar ni cómo decir las cosas, porque en el campo una no está acostumbrá' a eso pu'. (Leontina Leyton) (Valdés, 1983:117)

A fines de los ochenta hizo un invernadero en su casa, plantó yerbas medicinales con vecinas, aprendió a secarlas, a envasarlas y a venderlas, fue parte de una cooperativa y esto –sobre todo ganarse su propia vida– fue transmitido a sus hijas mujeres, por un lado dando continuidad a los saberes de su propia madre que, a saber, era “meica”, yerbatera y partera, y por otro, incorporando mayores grados de libertad, promoviendo los estudios de sus hijas.

La transmisión de saberes, conocimientos, experiencias del lado masculino, vinculadas al campo político y sindical tuvieron peor suerte que aquellos vinculados a oficios femeninos y nuevas incursiones de las mujeres en el trabajo asalariado que pudieron desplegarse en los años de la dictadura. El espacio social había cambiado en los años ochenta de tal suerte que toda acción colectiva o reunión de hombres era puesta bajo sospecha mientras en el caso contrario, para las mujeres se abría un campo gatillado por la necesidad de generación de ingresos y montaje de estrategias subsistenciales en medio de la cesantía y deterioro salarial, hasta crear pequeñas organizaciones sociales de tipo productivo.

Toda la descendencia de Don Juan y Doña Leontina ha visto transformarse el paisaje de la comuna. El fundo, antes rodeado de otros fundos, hoy está cercado de parcelas de agrado de santiaguinos y en

la comuna hay extensas áreas destinadas a vivienda social. El valle del Maipo de temprana subdivisión de la tierra agrícola (cfr. Martín, 1960) hoy está invadido por la ciudad de Santiago.

El mismo fundo cambió: se redujo la dotación de trabajadores a la mitad en tres décadas; las plantaciones de viñas y almendras que antes se cosechaban con los trabajadores residentes y otros que venían de afuera ahora se venden (las almendras) con cáscara con lo cual se eliminó el trabajo para las mujeres. El agua y la luz ya no forman parte de las regalías del fundo si no se pagan; el pedazo de tierra de la casa se hizo más estrecho y las cercas y rejas impiden la movilidad de los trabajadores en su interior.

Las diferencias entre generaciones y por sexo son significativas. Las primeras en abandonar el campo son las mujeres (como lo indican todos los censos del siglo XX) mientras los hombres de la segunda generación tienden a quedarse; en cambio en la tercera generación todos estudian más allá del 4° medio de secundaria. Entre los nietos de la pareja de Don Juan y Doña Leontina, uno estudió pedagogía en inglés y se perfeccionó en una pasantía en Estados Unidos, es profesor de uno de los grandes Liceos de hombres de Santiago pero volvió al fundo a vivir con sus padres para pagarse una maestría y no gastar en arriendo en la ciudad. Todos los proyectos de vida de la generación joven si bien no están orientados a la ciudad, ya que la ciudad ha invadido el campo, están orientados a la educación superior, técnica o universitaria que reposa en la provisión económica de padres y abuelos para llevarla a cabo.

Lograr un lugar, perder el lugar

La reforma agraria ofreció una salida a los que permanecían en el campo viviendo en fundos y haciendas, incluso a "los de afuera" cuyo hábitat era ya más concentrado, tanto cerca de las dependencias patronales como sobre todo junto a las instalaciones, bodegas, establos, entradas de caminos a los grandes dominios. Tal salida consistió en redistribuir la tierra (de los patrones) que excediera las ochenta hectáreas de riego básico a los trabajadores. El estado expropiaría el excedente de estas propiedades pero además la ley contemplaba la expropiación a quienes no hubiesen cumplido con las leyes laborales, no cultivaran sus predios, etc. Esas tierras fueron redistribuidas (a los inquilinos, a algunos afuerinos) para su explotación y el propio Estado se encargaría de dotar de capital, recursos, asistencia técnica a los nuevos asentados de la reforma. El mismo Estado propició una mayor concentración del hábitat campesino de forma tal de racionalizar servicios y destinar las tierras de cultivo a la producción.

Juan Carlos, bastante más joven que Don Juan, nació en los años cuarenta cerca de San Vicente de Tagua Tagua también hijo de madre soltera que andaba con él de casa en casa trabajando en aseos para conseguir el sustento. Fue jornalero agrícola, trabajó en el mineral de El Teniente volviendo a trabajar al campo pues no le gustó la mina. Incluso anduvo trabajando por Santiago:

Cuando yo fui joven me fui a Santiago y Santiago me trató muy mal a mí. A los 17 años me convencieron pa' ir a trabajar a Santiago. Como todo cabro quería salir del pueblo. Yo quería tener una casa, porque yo nunca tuve casa, siempre tuve que andar con mi mamá de allegado. Mi mamá nunca tuvo casa, mi mamá siempre de allegado con nosotros, de hecho a nosotros nos decían los huachos de la Guillermina, porque andábamos de arriba pa' abajo con ella. A veces nos teníamos que ir con los monos cambiándonos en la noche a otra casa porque pe-laba con los dueños de casa.

Finalmente, después de deambular por varios lugares y trabajos, en 1971 participó en la toma de un fundo cercano a San Vicente junto a otro dirigente con más experiencia política que él (quién trabajó como obrero tipógrafo en Santiago, en la Municipalidad de San Vicente y era militante de izquierda). La toma del fundo la regularizó la CORA, se hizo el asentamiento con veinte familias que allí vivieron y produjeron hasta poco después del golpe de estado cuando tuvieron que devolver la tierra y salir.

A diferencia del caso de Don Juan, en que su familia y descendencia tuvieron un entorno que fue invadido por la ciudad de Santiago, aquí se trata del fenómeno contrario tendiente a urbanizar el campo pero más bien bajo una "urbanización forzosa" provocada por la entrega del fundo a los antiguos propietarios, cuestión que ocurrió en todo el territorio. En este caso se trató de la erradicación de las veinte familias del asentamiento Bellavista y de otras veinte más del vecino asentamiento El Naranjal, hacia un "villorrio rural" conformado justamente para localizar a los expulsados de la tierra por la contra reforma agraria llevada adelante post-golpe de estado.

¿Dónde establecer el hábitat de los que sobran en el campo?, se preguntó la nueva burocracia que se estableció en las oficinas públicas con la dictadura militar. Fue en el documento del año 1974, "Políticas de Desarrollo Agrario y Rural" de ODEPA del Ministerio de Agricultura, donde se diseñaron las directrices para abordar los fenómenos que la misma dictadura estaba produciendo. En esos años algunos de ellos ya ocurrían, y otros, hacia 1974 estaban por ocurrir, pues la contra-reforma agraria estaba en pleno desarrollo. Se trataba de políticas de población para localizar a los expulsados de las tierras expropiadas originándose de esta forma un lugar de residencia para la abundante fuerza de trabajo sin lugar, que necesitaría luego el pujante negocio agroindustrial

que se fue construyendo al alero del nuevo modelo de desarrollo de “las ventajas comparativas”.

Las “Políticas de Desarrollo Agrario y Rural” de ODEPA, contenían los principales lineamientos de las políticas de población en la contra-reforma agraria estableciendo que los “villorrios rurales” albergarían a la población flotante, a los sobrantes del proceso de reordenamiento militar sobre la propiedad de la tierra (cfr. Santibañez, 1977).

El poblado de los sin tierra se originó en el año 1971 cuando se tomó el fundo Bellavista que se había dividido en cuatro hijuelas para no ser expropiado, aún así se expropiaron tres de ellas que estaban arrendadas. Parte de los trabajadores de este fundo hicieron la toma y otra parte no participó en ella. Quienes no participan en la toma y no formaron parte del asentamiento junto a una serie de campesinos sin tierras vinculados al fundo por trabajo o a sus trabajadores por parentesco, consiguieron que los mismos integrantes del asentamiento les cedieran unas pocas hectáreas de secano para instalar sus viviendas. Allí se instaló el mismo año 1971 gente que no tenía lugar donde vivir.

A partir del golpe de estado el villorrio se “regularizó” pues quien recuperó las tierras expropiadas vendió al Municipio y éste a los pobladores las tierras de secano cedidas por los asentados de la reforma agraria a los “sin casa” agrupados en un comité. Poco dinero y mucha presión por un lugar para vivir contribuyeron a que los sitios originales de mil metros cuadrados se subdividieran en dos para dar lugar a más personas: las veinte familias expulsadas del asentamiento Bellavista y otras veinte familias expulsadas de El Naranjal, por parcelaciones que beneficiaron a algunos y expulsaron a otros.

El año 1979 Don Oscar y Juan Carlos fueron activos miembros del sindicato que protagonizó la toma del fundo el año 1971. “Nosotros pertenecíamos al Sindicato Manuel Rodríguez, los del Naranjal no te-

nían, eran demócrata cristianos”, señala Juan Carlos. Aunque él y Don Oscar estuvieron presos y les pegaron bastante, continuaron buscando alero y apoyo en sindicatos: “después del golpe de estado al tiro... entonces nosotros los que quedamos acá nos inscribimos en la Ranquil en Rancagua. Ese es un sindicato independiente de trabajadores, entonces si usted trabajaba en cualquier lado... pero a nosotros hubo un tiempo que no nos dieron trabajo en ningún lado, entonces en el sindicato de Ranquil usted se inscribía como socio, y si a usted lo cortaban de este predio uno se acogía al sindicato para que lo apoyaran”.

Don Oscar, él y otros ex asentados tras ser expulsados del asentamiento arrendaron una parcela para trabajarla en conjunto –no les daban trabajo “por comunistas”– como lo habían hecho en el asentamiento. Habían pagado todas las deudas para maquinaria y animales adquiridas en el asentamiento. El año 1979, a Don Oscar sólo le interesaba arreglar su tractor. Se había quedado con el tractor rumano que les sirvió durante más de tres años en el asentamiento para los cultivos, no obstante, se le había roto una pieza muy difícil de obtener por el término de relaciones de los militares con los países del Este. El tractor era en esos años la imagen del progreso, una especie de máquina fetiche en medio del villorrio esperando la pieza que le faltaba. Don Oscar hablaba del aumento de la productividad en el asentamiento como un logro, un avance con la introducción de maquinaria agrícola, de las posibilidades que se abrirían en consecuencia gracias al tractor, aunque hubiesen perdido la tierra al conseguirse la pieza que faltaba para trabajar la parcela arrendada. Sin embargo, esto no prosperó y a poco andar el arriendo de tierras entre varios, más las medierías entre pobladores y parientes con tierras, de cerdos y vaquillas fue reemplazado por la asalarización temporal de los pobladores del villorrio en parcelas de asentados, fundos, agroindustria en comunas vecinas como Quinta de

Tilcoco, lo que involucró esta vez a hombres y mujeres por las razones expuestas más arriba: deterioro de los salarios y desempleo.

Tras quedar viudo en 1994, Juan Carlos consiguió un empleo estable en una de las parcelas de El Naranjal donde trabaja como tractorista entre otras labores y faenas.

Trabajé hartos años y todavía trabajo en tractores en el campo. Queda poca gente que le gusta y que se queda a trabajar en el campo. Si ya a los jóvenes no les gusta trabajar en el campo, prefieren irse a la ciudad.

La gente que viene pa' acá viene de otros lados. La gente que trabaja en el campo viene del sur. La mayoría de la gente viene del sur porque pal sur les pagan menos que acá. Prácticamente se puede decir que es la gente más mapuche, de descendencia mapuche. Se van pal norte primero a la uva y de ahí se vienen bajando pa' acá. Se van a la Serena, Los Vilos primero, Coquimbo, de ahí pa' acá se vienen bajando.

Pa' allá donde ella trabaja [su hija en El Toco] se ve harto temporero de distintos países. Los peruanos, los colombianos, los costarricenses son los que más viajan, haitianos. Gente que sale a migrar en busca de pega. Pero lo más que han llegado son los ecuatorianos, los colombianos, los peruanos.

Como en el caso anterior, de los seis hijos de Juan Carlos, cuatro hombres y dos mujeres, éstas últimas fueron las primeras en abandonar el campo: se casaron, obtuvieron casas de subsidio en distintas localidades y viven en ciudades pequeñas y pueblos

cercanos. Dos de los hombres se dedican a obreros de la construcción, especializados en pinturas de casas; tienen trabajo por la abundante demanda que genera la construcción de viviendas sociales en San Vicente de Tagua Tagua y alrededores, mientras los otros dos, como el padre, son obreros agrícolas que trabajan por el salario mínimo. Uno de los que trabaja en pintura estudia en las noches Ingeniería en Prevención de Riesgos, carrera que espera terminar aunque implique no poco sacrificio.

La hija mayor tiene cuatro hijos que espera vayan a la universidad, casada con un gendarme ella se dedica al comercio de ropa, maneja su propio dinero y decide qué hace con él. La hija menor trabaja con un contratista de mano de obra para la fruta y le va bien. Su proyecto es independizarse y ser ella misma, una vez que compre un vehículo, contratista de mano de obra. Le gusta el campo y la agricultura y sabe su trabajo; también le gusta el fútbol y forma parte del equipo femenino de su población; tiene una hija y no quiere tener más. Ambas mujeres jugaron un papel importante en el hogar cuando murió la madre; ahora se turnan cada quince días para ir a ver a su padre los días sábado. El sitio que finalmente compraron los padres en el villorrio está dividido en partes iguales para tres hijos; tierras heredadas de la madre, divididas en tres para el resto de los hijos pues, piensa Juan Carlos que "cualquier día pueden necesitar un lugar".

A modo de conclusión

Encontrar un lugar constituyó el proyecto de muchos trabajadores agrícolas, campesinos sin tierra, inquilinos, afuerinos. De manera individual o colectiva algunos lograron acceder a ese lugar. No obstante no fue la situación de la mayoría que se vio impulsada a comprar sitio o casa para radicarse después

del golpe de estado, o quedarse "apatronado" en el fundo. Tras el golpe, los hombres más que las mujeres permanecieron en los trabajos, faenas y empleos agrícolas. A lo menos los hijos de quienes vivieron el proceso de reforma agraria. En la tercera generación, la mayoría no quiere trabajar en el campo pues ese

trabajo lo hacen los nuevos o los otros “de afuera”: “los mapuche, los ecuatorianos, los colombianos, los peruanos”, sabiendo que además lo hacen muchos hombres y mujeres chilenos obligados a enrolarse en empleos precarios y desprotegidos (Caro, 2012; Valdés, 2013). Algo permaneció en cambio en los su-

jetos de ambos sexos que se forjaron en el proceso de reforma agraria o que conocieron esta experiencia por medio de sus padres: la voluntad de estudiar y tratar de escapar de situaciones laborales excesivamente precarias.

Bibliografía

- Baraona, Rafael et al. (1961). Valle de Putaendo. Estudio de estructura agraria. Santiago de Chile: Instituto de Geografía - Universidad de Chile. Santiago, Chile.
- Bengoa, José. (1988) El poder y la subordinación. Historia social de la agricultura chilena. Tomo I, Santiago, SUR.
- Cademartori, José. (1971) La economía chilena: un enfoque marxista. Editorial Universitaria, Santiago, Chile.
- Caro, Pamela (2012) Caso de Chile. En: *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas*. CEPAL/FAO/OIT. Tomo I. pp. 143-221. Santiago, Chile
- Cousiño, Carlos (1999). Las virtudes de Emilio. Sobre la Novela “Cuando éramos inmortales”. En: El Mercurio, domingo 3 de octubre de 1999. E13, Santiago, Chile.
- Martin, Gene Ellis (1960) La división de la tierra en Chile Central. Santiago: Departamento de Geografía, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile. Santiago, Chile.
- Salazar, Gabriel (2006). Ser niño “huacho” en la historia de Chile. LOM editores, Santiago, Chile.
- Santana, Roberto (2006). Agricultura chilena en el siglo XX. Contextos, actores y espacios agrícolas. DIBAM, vol. XLIII, Col. Sociedad y Cultura. Santiago, Chile.
- Santibáñez, Raúl (1977). *Contrôle de l'espace et contrôle social dans l'Etat militaire chilien*, En: Revista Hérodote, N° 5, enero - marzo, Paris.
- Stabili, María Rosaria (2004). El sentimiento aristocrático. Élités chilenas frente al espejo. (1860 - 1960). Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.
- Valdés, Ximena (2012). Desincronización temporal y espacial entre trabajo y familia: Hacerse el salario en las migraciones estacionales de los/as temporeros/as de la uva En: Revista Polis [En línea], 31 | 2012, Publicado el 12 diciembre 2012, consultado el 17 noviembre 2014. URL: <http://polis.revues.org/4230>; DOI: 10.4000/polis.4230
- Valdés, Ximena; Montecino, Sonia; De León, Kirai; Mack, Macarena (1983). Historias testimoniales de las mujeres del campo. Academia de Humanismo Cristiano/Círculo de Estudios de la Mujer/PEMCI, Santiago, Chile.
- Valdés, Ximena (1982) “Estrategias de supervivencia familiar de los trabajadores agrícolas temporales. Villorrios rurales y poblaciones sub-urbanas en Chile Central”, Documento de Trabajo/Informe PISPAL México, GEA/Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, Chile.
- Valdés, Ximena; Rebolledo, Loreto; Pavez, Jorge & Hernández, Gerardo (2014) Trabajos y familias en el neoliberalismo. Hombres y mujeres en las faenas de la uva, el salmón y el cobre. LOM, Santiago, Chile.
- Vial, Gonzalo (1984). Historia de Chile (1981 - 1973). Tomo II, Editorial Santillana, Santiago, Chile.

Fecha de recepción: 9 de septiembre 2013
Fecha de aceptación: 30 de noviembre 2013